

MARÍA TERESA CÁRDENAS M.

“Una novela es ficción. Un ensayo político hubiese sido otra cosa”, responde categórico. Pero después de leer *Demonio* (Sudamericana) es imposible no preguntarle a su autor —con ironía, claro— si tuvo que pedir autorización para publicarla. Porque la nueva entrega del escritor, y actual embajador de Chile en España, Roberto Ampuero (Valparaíso, 1953), es quizás la más contingente de sus novelas policíacas protagonizadas por Cayetano Brulé, y en ella no se disparan solo balas: también críticas, y en todas direcciones.

Ambientada en Valparaíso y con desplazamientos a otros lugares del mundo, lo que es característico de la saga del detective cubano, *Demonio* se inicia, como corresponde al género, con un asesinato. Se trata de un chileno al que su anciana madre supone radicado en Madrid, donde desarrollaría su vida artística. Pero lo cierto es que Edmundo Galaz llevaba un tiempo viviendo de manera clandestina en el puerto. Su muerte ocurre a los pies del Cristo Redentor, en el cerro Bellavista, durante la noche del 1 de noviembre de 2019, cuando en la ciudad todavía se respira el humo de las barricadas y las bombas lacrimógenas. Una situación que se repite desde el 18 de octubre.

Es una mujer de mediana edad la que visita a Brulé en su oficina para encargarle la investigación. Y aunque avanzada la novela ella desiste —o su marido, treinta años mayor, la obliga a hacerlo—, el detective ya no está dispuesto a abandonar el caso y sus sombrías ramificaciones. Más aun si cuenta con el apoyo del Escorpión, su amigo jubilado de la PDI que, debido a la agitación, ha sido llamado a reintegrarse a sus funciones. Su fiel y deslegrado ayudante Suzuki, a quien los revueltos le han quemado su negocio de sushi, también aporta lo suyo a las pesquisas, y esta vez le toca ver de cerca a la muerte.

—¿Qué lo motivó a novelar el lado oscuro del 18 de octubre?

—Desde Madrid he seguido a través de los medios y amigos lo relacionado con ese octubre, porque es, junto con la que ocurrió bajo Allende, la peor crisis de polarización nacional que hemos sufrido. Me preocupa, porque los países son más frágiles de lo que parecen y porque dimos cosas esenciales por sentadas. La historia no está escrita. A veces la literatura permite ver la realidad mejor que otros disciplinas y es capaz de anticiparse a ciertos desarrollos.

Para él, sin embargo, la novela “plantea una división esencial: una cosa son las manifestaciones pacíficas, derecho propio de toda democracia; otra, las acciones violentas y terroristas. Las segundas se infiltraron en las primeras, debilitándolas”, afirma. Ahora, “a Brulé le encargan un caso que lo obliga a internarse por la vertiente de la violencia organizada”.

—¿Por qué quiso involucrar a Cayetano Brulé en un conflicto que no han logrado resolver las autoridades?

—Cayetano siempre está en las crisis. Además, si esperara a que esta crisis termine... si nos llevará unos quince años superar. Cayetano investiga desde que apareció lo que bulla en Chile bajo la superficie. Fue así en *Kustermann*, *Batida de los misterios*, *Semana del olvido*, *Halcones de la noche*, *Cita en el Azul Profundo*. Explora en la precariedad de estructuras nacionales y los riesgos acechantes.

Y recuerda: “En 2015 di una charla en leone, viral en YouTube, titulada ‘In the Air Tonight’, y advertí sobre los alarmantes síntomas que veía”.

—Aparte del carácter internacional de sus novelas, ¿por qué eligió la tesis de la infiltración extranjera?

—Las novelas de Brulé se sitúan en conflictos y tendencias que son comunes al mundo globalizado, y en todas ellas se denuncia la injerencia e infiltración presencial y virtual. Además, es un tema que sigo porque vivo en ambos campos de la Guerra Fría. Las potencias y también los países de nuestra envergadura e integración comercial al mundo cuentan con servicios alertas ante los riesgos que acechan. Chile es uno de los países más abiertos del planeta y compete con éxito en varios rubros. De eso surge la necesidad de contar con instituciones equipadas para anticipar y protegerse de amenazas contra sus intereses”.

—El Escorpión, por su parte, tiene la certeza de que anarcos, ultras y narcos tienen un papel bien definido en las manifestaciones.

—Para escribir *Demonio* consideré conversaciones con gente que se dedicó profesionalmente a esos temas. Letal es creer que esos mundos solo existen en la ficción. Los escritores los construyen a partir de la realidad, y articulan conflictos entre personajes cuyos destinos huelen a ficción, pero que beben de la realidad. En Chile hoy a pocos les cabe duda de que todo es posible y que la realidad puede superar a la ficción.

—No considero, en cambio, la tesis de que carabineros de civil actúan como agitadores. ¿Le parece imposible?

—En el sombrío mundo que explora Brulé en *Demonio* todo es ambiguo, ambivalente e incierto. Ese mundo es un remolino que absorbe todo vorazmente y donde no hay deslindes nítidos entre realidad y especulación.

—¿Puede el escritor disociarse del embajador al trazar estos temas?

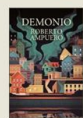
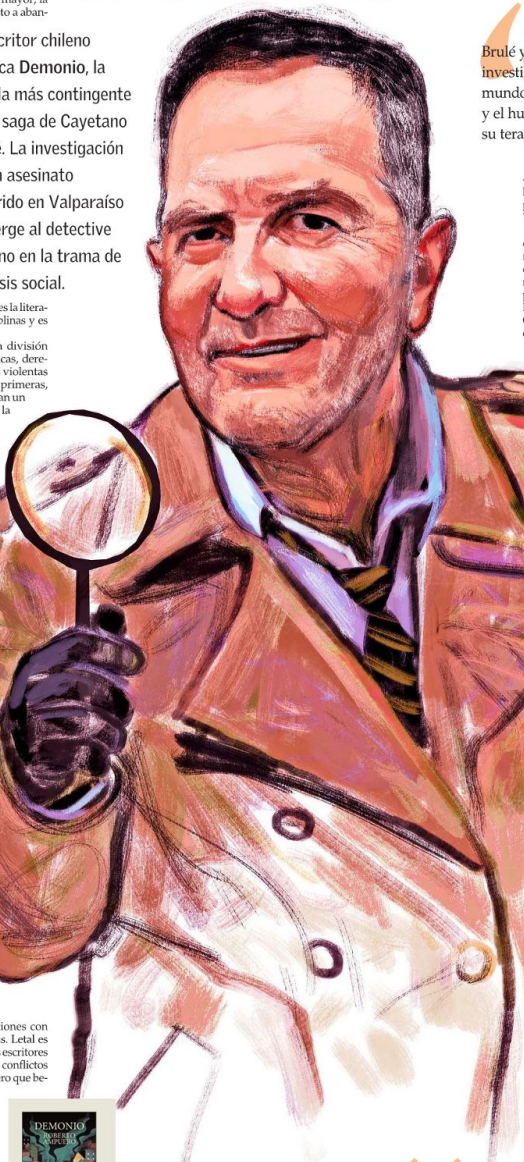
—Cuando escribo una novela, la escribo con todo lo que soy y he sido. Una novela no es fruto solo del tiempo que le vivo escribiendo, sino de todo lo que has vivido. Pero *Demonio* es una ficción, no la realidad.

Brulé debutó en 1993, con *Quién mató a Cristián Kustermann?*, novela que obtuvo el Premio Revista de Libros y catapultó a su autor a la fama. Ahora está pensando en jubilar, y por supuesto ha cambiado. “Cayetano aprende de viajes, pláticas y lecturas, y por eso cambia”, explica Ampuero—. “No le convence eso de que hay que pensar igual desde la cuna a la tumba. Brulé es un inmigrante del Caribe achuleado, un cosmopolita que compara y deduce, y crece. Vive de su pega, es un emprendedor, ama la libertad. Nada le han regalado en la vida y se enorgullece de lo logrado. Anda por los 60 años, le crujen huesos y su memoria no es la misma,

ENTREVISTA Actual embajador en España:

Roberto Ampuero novela el lado oscuro de la revuelta

El escritor chileno publica *Demonio*, la novela más contingente de la saga de Cayetano Brulé. La investigación de un asesinato ocurrido en Valparaíso sumerge al detective cubano en la trama de la crisis social.



DEMONIO
Roberto Ampuero
Sudamericana,
Santiago, 2021.
425 páginas,
\$16.000.
NOVELA

pero piensa que uno es viejo cuando tiene más recuerdos que proyectos, y joven mientras abrigas más proyectos que recuerdos”.

—Brulé dice que “la premisa para conocer a un país consistía en observarlo desde la distancia”. ¿Habla por usted también?

—Desde que terminé el colegio he vivido cuarenta años fuera. A la distancia escruté mi identidad chilena y sigo el acontecer nacional. Por mis venas, como por las de la mayoría de los chilenos, fluyen sangres diversas, pero en mí palpita, sin chovinismos, el amor por Chile. Viviendo en Europa, América Latina o Estados Unidos lo comencé a comprender mejor.

En la novela son pocos los que se salvan de las constantes críticas de Brulé o de otros personajes ante la situación que vive el país. Cien por igual parlamentarios, el Gobierno, políticos de izquierda y de derecha. “*Demonio* incluye visiones antagónicas sobre el país —señala—, ¿significa esto que me identifico con todas esas visiones? No será que las ofrezco como mural de las contradicciones que nos dividen y polarizan? En todo el mundo libre las encuestas revelan que la ciudadanía repudia a la clase política. En este reino tapizado de

incertidumbres y tensiones opera Brulé, y eso le plantea interrogantes éticas y políticas que, Maquiavelo *dixit*, corren por rieles diferentes”.

—¿No va demasiado lejos el narrador cuando dice que “el poder ya no está en La Moneda”?

—En su último libro, Moisés Naim advierte sobre la fragmentación del poder en los países y a nivel mundial, y afirma que hoy el poder es más difícil de emplear y más fácil de perder. Además, en *Demonio* hablan desde arquetipos febriles hasta pacifistas aterrados, desde gente que desea dejar Chile hasta agentes secretos, y cada uno tiene sus objetivos, miedos y ambiciones. El lector sabrá con quién se identifica, el narrador no imparte lecciones.

Cómo salvar a Valparaíso

—¿En qué circunstancias escribió la novela y por qué decidió organizarla en capítulos breves?

—Quería que la acción fluyera vertiginosa pintando una fase con final abierto de nuestra historia, cuyo análisis demandará años y centenares de columnas y libros. Lo esencial lo escribí durante el confinamiento, que fue radical como en casi toda Europa, y que me tocó vivir solo en la residencia de la embajada. Antes y después del trabajo me dedicué a esta novela. Quise explorar en clave ficción ambientes verticales del 18 de octubre: la pacífica del malestar ciudadano y la terrorista de grupos minoritarios.

—A pesar de todo, hay humor, en particular entre Cayetano y su asistente. ¿Se divirtió escribiéndola?

—Brulé tiene humor y se ríe de sí mismo. Cuando uno ya no es capaz de reírse de sí mismo, hay que preocuparse. Brulé y Suzuki investigan un mundo siniestro y el humor es su terapia. Brulé es optimista, sabe que la historia no está escrita, que todo es posible y que debe labrar su propio destino.

—El lustrabotas propone transformar el Congreso en un hotel, porque Valparaíso se puede salvar con los turistas, pero no con los políticos. ¿Qué propone usted para salvar Valparaíso?

—El lustrabotas es el altavoz de un sentimiento que, por desgracia, es generalizado. Salvar a Valparaíso es un desafío más grande que la ciudad. Su agonía corona una larga decadencia. No tengo recetas ni soy populista, pero sospecho que nada se logrará sin un acuerdo transversal de los portefolios para que zarpe un día la nave. Muchos gestores de los últimos logros de la ciudad son mayores, murieron o se marcharon. Confío en el espíritu de los emprendedores que apuestan por el puerto. Cuando fui ministro de Cultura ejercí desde Valparaíso, y Brulé sigue viviendo en el Paseo Gervasoni y con despacho en el Edificio Turri. Los políticos pasan, el dolor de Valparaíso queda. La decadencia atrae, pero no la decadencia de la decadencia. Valparaíso tendrá que reinventarse para volver a creer en sí y para que otros crean en él.

Un estado de ánimo

Después de que casi lo matan, Cayetano Brulé compra en Madrid “a precio de ganga” un libro de Séneca y otro de Epicuro, porque “tal vez le ayudarían a reflexionar sobre qué hacer” de su vida en adelante. Lo mismo que a su creador. Sigue a Epicuro desde hace años. Y estudiando la filosofía del buen vivir se desemboca en Epicteto, Marco Aurelio y Séneca. El epicureísmo y el estoicismo ayudan a separar el grano de la paja. En la realización personal hay condicionamientos externos, desde luego, pero conviene mirarse seguido en el espejo y preguntarse cuán responsable soy por lo que soy. Los filósofos que menciono ayudan a sobrellevar épocas de crisis individuales, nacionales y globales”.

—¿Qué reflexiones le ha dejado la pandemia?

—Hay varias reflexiones sobre ella que publicaré en un libro de ensayo. Partiendo con que en Chile coincide la crisis nacional de octubre con la crisis mundial de la pandemia. Es decir, después del terremoto, el maremoto. Hay temas: la fugacidad de la vida; la fragilidad de cuanto considerábamos sólido; el desprestigio de la clase política; la educación como premisa para la democracia representativa; la crisis de la democracia liberal; el vigor de sistemas autoritarios; las expectativas de los hijos de la prosperidad y la revolución tecnológica; la preeminencia de la imagen y la satisfacción inmediata; el desconocimiento de la historia; el cambio en la hegemonía mundial; el declive, espero provisorio, de Europa; o la incapacidad para descifrar el *Umblich* [término que engloba crisis, transición, cambio] planetario.

“Chile era un estado de ánimo en un paisaje telúrico tendido sobre un balcón asomado al océano”, se lee en la novela. Así lo explica: “Chile es un paisaje, dice Nicanor Parra. Un país chico, dice Pablo Neruda. Para mí Chile es un estado de ánimo, tal vez porque somos un país de terremotos y tsunamis, donde la alegría y la impotencia, la satisfacción por la casa propia y el dolor de verla desplomarse están a segundos de distancia. Pasamos de sentirnos los jagueiros a sentirnos los misérrimos de la región. Somos un país de orza mezuquina, que es la que da estabilidad al velero; de mecha corta, que nos vuelve explosivos; de lenguaje escaso en matices, que afecta la comunicación; sin carnavales, lo que nos impide respetar como masa los espacios públicos, y tenemos una élite política divorciada de la ciudadanía. El estado de ánimo es hoy pésmo”.

—“El mundo rebosaba de fugitivos de su propio pasado”, concluye Brulé. ¿Hay algo que persiga a Roberto Ampuero o se encuentra en paz con su pasado?

—Se puede cantar con Edith Piaf “Non, je ne regrette rien...”, o con Sinatra “My way”, o revisar todo el pasado sin cesar, pero en algún momento debes cerrar ese proceso y vivir el presente para proyectarte al futuro como individuo y país. El pasado es inmodificable y sus tentáculos no deben atraparle. Gozará más la vida si tienes más proyectos que nostalgias.

En el sombrío mundo que explora Brulé en ‘Demonio’ todo es ambiguo, ambivalente e incierto”.

FONOTIPO: ANTONIO DE LA